

Menorca

Esencia mediterránea



La mejor preservada de las Baleares engancha. A los menorquines, muy celosos de su isla, no les hace gracia que se sepa demasiado, pero esta joyita insular sin depredar esconde las esencias del Mediterráneo en su estado más noble.

Texto de Elena del Amo Fotografías de Luis Davilla



Salvando las distancias, Menorca anda padeciendo eso de “el aleteo de una mariposa puede sentirse al otro extremo del mundo”. Nos explicamos: de no ser por la invasión de Ucrania, la segunda en tamaño de las Baleares muy probablemente ya habría celebrado la declaración como Patrimonio de la Humanidad de su barbaridad de taulas, navetas y talayots megalíticos. Su candidatura, con el lema *Una odisea ciclópea insular*, se coronó como la propuesta española para 2022 y los señores de la Unesco encargados de estos menesteres deberían haberse sentado a dilucidar el pasado junio. Pero la reunión estaba prevista en la ciudad rusa de Kazán y todo se pospuso *sine die*. Si no acontecen nuevos sobresaltos, será en Arabia Saudí el próximo septiembre cuando se decida si logra o no el galardón esta fenomenal huella de la prehistoria que hace de Menorca un museo al aire libre. Sí, uno viene a esta islita pensando en calas perfectas y se topa con mucho más.

Siglos antes de asomar por sus costas fenicios y romanos, musulmanes y piratas, en su interior se asentó una misteriosa civilización que, huyendo a saber de qué desde no se sabe bien dónde, cargó en sus embarcaciones ganado, semillas y todo lo necesario para emprender una nueva vida. Llevan inventariados no menos de 1.500 yacimientos talayóticos por los apenas 50 kilómetros de largo por 20 de ancho de esta isla cuyos vecinos, muy suyos,

han sabido defender a capa y espada de la invasión del ladrillo. Aunque a regañadientes y más tarde que en Ibiza o Mallorca, la mayoría reconocía necesitar turismo. Sobre todo a raíz de que industrias tan potentes como la del calzado cayeran en picado. Pero no lo querían a cualquier precio. Antes pues de que la sostenibilidad se convirtiera en la palabra de moda, ellos ya estaban a pico y pala en la senda.

Se cumplen este año tres décadas del reconocimiento de Menorca como Reserva de la Biosfera, tan crucial para consolidar el siempre difícil equilibrio entre las economías y el medioambiente. La protección del territorio, que prohibía desde segregar fincas hasta edificar sin ton ni son, acabó abarcando sus aguas, donde tanto pescadores como yates de recreo han de cuidarse muy mucho de dañar unos fondos de transparencias caribeñas forrados de posidonia oceánica, barcos naufragados incluso de tiempos romanos y grutas submarinas que hacen relamerse a los buceadores. En su celo por cuadrar lo útil con lo bello, se terminó por preservar hasta su cielo, declarado Destino Starlight por la fundación que avala las mejores bóvedas celestes para disfrutar las estrellas. Con especial mimo en el Parque Natural de la Albufera des Grau, donde en invierno llegan a contabilizarse más de once mil aves acuáticas de casi un centenar de especies y al que pertenece la paradisiaca isla de Colom, el 66 % de esta *rara avis* balear go-

>>



Doble página anterior: vista de Ciudadela desde el puerto. En esta doble, izquierda: cala Turqueta. Derecha: faro de Favàritx.



za de alguna figura de protección, y se nota al recorrerla.

Aquí no hay apenas edificios altos ni se los espera. Ni siquiera abundan por focos turísticos como Cala Galdana, Son Bou o la favorita de los británicos Cala en Porter. A cambio, las geografías de Menorca son una constante de verdor festonado por todos los azules que le caben al Mediterráneo en su estado más noble. Desde Monte Toro —su mayor elevación a pesar de no alcanzar ni los 400 metros— se la divisa entera, con las cuadrículas de cercados de piedra seca para caballos y vacas dibujando un tapiz de *patchwork* entre los encinares, bosques de acebuches y pinares que a menudo llegan a la mismísima orilla del mar. Sin mamotreto alguno que estropee las vistas, desde sus alturas también se atisban los contrastes entre sus mitades: el ventoso roquerío del Norte o Tramuntana, de playas rojizas más salvajes e inaccesibles, en oposición al sureño y agrícola Migjorn, con arenales blancos sobre aguas turquesa entre los acantilados y, aquí sí, algo a resguardo del viento loco de esta joyita insular sin depredar.

Échale la culpa al puerto

A tres cuartos de hora una de otra de no hacer un alto en Ferreries, Es Mercadal o el immaculado caserío de Alaior, en cada extremo de la única carretera que atraviesa la isla de punta a punta aguarda la eterna rivalidad entre su capital, Mahón, y la aristocrática Ciudadela, sede secular de la nobleza y el clero. Si esta última ha ejercido de siempre como la guapa oficial, Mahón “solo necesitaba empezar a creérselo”, aseguran no pocos. Porque razones para encandilar tampoco le faltan. Encaramada sobre un promontorio a la bahía y cuajada de miradores junto a plazoletas e iglesias, las ventanas de guillotina de sus casonas hacen que el casco viejo no haya perdido ese regusto *british* de cuando los súbditos de su graciosa majestad, amén de Gibraltar, se quedaron con Menorca tras el Tratado de Utrecht (1713). Fueron ellos —¡y la cosa aún escuece en Ciudadela!— quienes trasladaron aquí la

capital, en parte para alejarse de los tejemejes de los nobles y, definitivamente, por su soberbio puerto natural. Es tan inmenso que, con las limitaciones de velocidad para las embarcaciones, se puede tardar una hora en salir a mar abierto desde los atraques más apartados de la desembocadura.

Por su flanco sur se alinean restaurantes donde enfrentarse a una primera caldereta de langosta, tienditas muy del hippy-chic isleño y locales de copas en los que reina con todos los honores su majestad la pomada, la versión menorquina del *gin-tonic*, con limonada casera de estar bien hecha y, herencia cómo no de los ingleses, ginebra local Xoriguer. Se sale de ambiente en verano. Especialmente cuando, desplazando por unos días a los tradicionales *llaüts* de vela latina, docenas de veleros clásicos atracan todos juntos por el muelle de Levante durante las regatas de la Copa del Rey de Barcos de Época, este año del 29 de agosto al 2 de septiembre. Estos *maseratis* de los mares fondean donde antes lo hicieran todas y cada una de las grandes civilizaciones del Mare Nostrum desde que el general cartaginés Magón, hermano del mítico Aníbal, fundara con su nombre la ciudad del puerto más codiciado.

Él fue el *culpable* de que, solo en el siglo XVIII, Menorca cambiara seis veces de manos entre españoles, franceses y británicos. Mientras a estos últimos les permitía guarecer una flota con la que controlar el occidente del Mediterráneo, los galos aspiraban más que nada a que el puerto no diera ventaja a sus rivales. Semejante vaivén de una potencia a otra, sumado a saqueos a Mahón tan furibundos como el del corsario Barbarroja en 1534, explican la concentración de defensas a su vera. A un lado de la bocana se alza lo poco que quedó en pie del castillo de San Felipe y el mucho más en forma Fort Marlborough, ambos en el vecino municipio de Es Castell, donde no perderse el delicioso puerto pesquero de Cales Fonts. Y del lado opuesto, la fortaleza de la Mola, desde la que se avista tanto el islote del lazareto con el que antaño se contenían las epidemias llegadas por mar, como la Illa del Rei, donde la







Cala Turqueta, en la costa sur de la isla.

CALAS DE PECADO

A cualquier lugar conviene llegar leído, pero a Menorca más. Porque incluso para ir a la playa se habrá de estar familiarizado con claves como la *tramuntana*, el *llevant*, el *migjorn*... A merced siempre del viento, lo suyo es mirar primero cuál impera ese día para dirigirse al lado opuesto. Es decir, si sopla del norte se enfilará a las playas del sur y viceversa. ¿A cuál? Eso tiene difícil respuesta, pues las hay vírgenes a puñados y a cual más despampanante. Algunas favoritas del agreste norte podrían ser la de Cavalleria y la d'en Tortuga, cala Pregonda o cala Pilar, el arenal de Sa Mesquida o, entre tantas más, las casi siempre solitarias Es Murtar y las playas d'Algaiarens. Por el sur se hilvanan pesos pesados de la talla de cala Turqueta y cala Escorxada, Es Talaier, Macarella o Macarelleta, tan asombrosas que suelen llenarse demasiado en verano, o algunas más secretas, como Trebalúger, cala Llucalari, Ses Olles... La elección, también, dependerá de cuánto se esté dispuesto a andar, porque muchas exigen una buena caminata de la que conviene igualmente ir leído. En temporada, cuanto más lejos a pie, menos gente, y cuanto más temprano, más fácil encontrar dónde aparcar.



inauguración en 2021 de la galería Hauser & Wirth ha colocado a Menorca en el mapa artístico mundial.

Como apunta al mostrar las mastodónticas hechuras de la Mola el guía Lluís Ameller, “Gran Bretaña había amenazado con hacer cualquier cosa con tal de que Menorca no volviera a ser francesa, lo cual obligó a Isabel II — la española — a construir de forma *preventiva* esta fortaleza tan costosa que casi arruina al país”. Para colmo de males, esta obra faraónica, perteneciente hoy al Ministerio de Defensa pero abierta a las (imprescindibles) visitas, quedó enseguida obsoleta y pasó a albergar el infausto penal de Mahón. Algún recluta añoso todavía recordará el disgusto de haber sido destinado a hacer la mili en esta especie de Alcatraz patrio.

Ovación al atardecer

La Punta de s’Esperó, a un extremo de la Mola, presume de ser el punto más oriental de España. Es decir, el primero que saluda y se despide del sol. No es aquí sin embargo donde, desde hace unos años, más se congregan los cazadores de atardeceres para aplaudir al astro rey cuando el día baja el telón. Sí, también en la isla serena ha calado entre algunos visitantes lo de dedicarle al sol una ovación cerrada al ocaso, quién sabe si a la espera de los bises. Tras un día en la playa o de caminata por los senderos del Camí de Cavalls que circunda junto al mar Menorca entera, suelen enfilarse cada tarde hacia un escenario diferente. De no tocar una terraza convenientemente orientada o los acantilados a cuchillo de la gruta *chill-out* de Cova d’en Xoroi, podría ser el Monte Toro o, mejor aún, el hilván de faros por todo el litoral.

Los paisajes lunares del de Favàritx son un claro favorito, aunque los menos gregarios deberían madrugar para asistir al espectáculo del amanecer, sin tanto público como a la puesta de sol. Igual ocurre en el de Cavalleria, al final de una lengua de roca poco más allá del encanto marinero del pueblo de Fornells, o, entre otro puñado de faros, el de Punta Nati, levantado sobre un zafarrancho de acantilados en el costado occidental de la isla. Por este, como una barcaza invertida en plena campiña, se alza piedra a piedra la Naveta des Tudons, uno de los legados más icónicos de la cultura talayótica, muy cerca de los mucho menos visitados restos ciclópeos del poblado de Torrellafuda. Allí, sin pago de entrada ni horarios de visita, se camuflan bajo viejísimos acebuches las cuevas de enterramiento, el talayot y el recinto de taula de los que, a decir de los que saben, se sirvieron sus habitantes hasta el final

de la época romana. Muy cerca también, sería un pecado saltarse las galerías kársticas de la cueva de s’Aigua, habitada por aquellas gentes prehistóricas antes de empezar a construir tantas aldeas que los fenicios, cuando navegaban estas costas, bautizaron la isla como Nura (fuego) por la cantidad de hogueras que la iluminaban en la noche. De no emprenderla a pie o en bici por sus caminos rurales, a apenas 10 minutos al volante habrá de buscarse el otro plato fuerte de las canteras de Líthica, un laberinto onírico cuya piedra clara de marés se utilizó por toda Menorca.

Las callejas medievales de Ciudadela dan buena prueba de ello. Bajo la luz bruja del atardecer, aunque aquí no se aplaude, enamoran los destellos miel de sus palacios y mansiones señoriales: el barroco Can Saura o los neoclásicos Casa Salort y Cas Comte de Torre-Saura; Casa Olivari, plantada frente a la catedral gótica de Santa María; el Palau Episcopal o Cal Bisbe, con su patio ajardinado... Gravitando junto a la monumental plaza des Born y los soportales de la calle Ses Voltes, unos y otros van aflojando en un paseo amable y casi todo peatonal por este cogollo acotado entre las lindes de la antigua muralla y el puerto, defendido aquí por el castillo de Sant Nicolau. Se mandó construir después de que una flota otomana arrasara la ciudad y se llevara a más de tres mil menorquines convertidos en esclavos. Ocurrió en 1558, pero todavía lo recuerdan como el *año de la desgracia*.

Como ha llovido desde entonces, *boutiques* y hotelitos con pedigrí, restaurantes donde comer como un príncipe y talleres de artistas se han instalado por los caserones de este entramado de aires italianos donde, por estas fechas, ya calienta motores la noche de San Juan. Siguiendo unos protocolos que se remontan al siglo XIV, jinetes engalanados en blanco y negro y caballos de pura raza menorquina se abren paso entre las enfebrecidas multitudes que abarrotan cada centímetro de la plaza des Born. El 24 de junio es el día grande, pero las celebraciones habrán comenzado el domingo anterior ¡y son solo el pistoletazo de salida! Porque esta estampa delirante de los caballos aupados sobre sus cuartos traseros entre la muchedumbre marca la entrada oficiosa del verano. Hasta San Nicolás, en septiembre, por cada población irán rotando estas fiestas del “jaleo” donde el caballo, herencia aquí de los árabes, es protagonista absoluto. Por eso, cuando en la noche de San Juan se escucha de madrugada en Ciudadela “*Fins l’any vinent si Déu vol!*” (hasta el año que viene si Dios quiere), no hay que creérselo del todo. ♣

Izquierda: poblado talayótico Talatí de Dalt y faro de Cavalleria.



CÓMO LLEGAR

Vuelos directos a Mahón desde Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, Coruña y varias ciudades más con Iberia (iberia.com), Vueling (vueling.com), Ryanair (ryanair.com) o Volotea (volotea.com), por en ocasiones menos de 100 €. También hay *ferries* desde Barcelona, Valencia y Mallorca.



CÓMO MOVERSE

En coche, moto y las cada vez más fáciles de alquilar bicis eléctricas, estas dos últimas opciones más apropiadas para encontrar aparcamiento cerca de las playas en verano. O de la mano de compañías como Jeep Safari Menorca (jeepsafarimenorca.es), con itinerarios personalizados en 4x4 junto a un experto que adentra a sus huéspedes en los escenarios menos trillados de la isla y salpica la experiencia con desde charlas sobre arqueología hasta degustaciones de embutidos locales y queso de Mahón en una finca privada. Para caminantes y ciclistas siempre está la opción de rodear junto al mar toda Menorca (unos 10 días a pie) a través de los senderos del Camí de Cavalls (camidecavalls.com) por los que antaño se vigilaba el acecho de los piratas. Si asusta entero, basta limitarse a algunos de sus tramos.



MEJOR ÉPOCA

De mayo a octubre, evitando julio y agosto si se quiere huir de las aglomeraciones.



DÓNDE DORMIR

Rafal Rubí
rafalrubi.com
Una preciosa finca agrícola cerca



Quesería artesanal Son Piris.

de Alaior reciclada en agroturismo de lujo entre jardines y olivares.

Hotel Torralbenc

torralbenc.com
Otra finca campestre, miembro de Small Luxury Hotels, con bodega propia, masajes ayurvédicos en su zona *wellness* y buen restaurante, cerca también de Alaior.

Agroturismo Son Vives

sonvivesmenorca.com
Apenas un puñado de habitaciones aisladas del mundo en esta finca familiar con huerto propio, producción de queso y cría de caballos menorquines.



DÓNDE COMER

El Rais
sesforquilles.com
Arroces memorables, pero no solo, ante unas vistas que alimentan del puerto de Mahón.

Es Tast de na Sílvia
estastdenasilvia.com
En pleno casco antiguo de Ciudadela, se trata del único

restaurante de Baleares certificado como Slow Food y Km. 0. Rigurosamente pues producto local de temporada, con el que a la chef le gusta recuperar viejas recetas menorquinas y darles su toque personal.

Sa Llagosta

Tel.: 971 37 65 66
Únicamente productos del mar ¡y langosta en todas sus versiones!, en este clásico del puerto de Fornells propiedad de David de Coca, alumno de primeros espadas de la talla de Arzak y los hermanos Roca.

Monte Toro

saposadadelatoro.com
Raciones y menús, pero también una estupenda caldereta de bogavante a muy buen precio, en el punto más alto de la isla.

Bodega Binifadet

binifadet.com
Su animado restaurante es perfecto para rematar la visita a las bodegas subterráneas donde adentrarse en los vinos menorquines.

Los mercados

Imprescindibles tanto el de Mahón como el de Ciudadela, una delicia donde asomarse a los pescados y mariscos más frescos de la isla, ¡y disfrutarlos en unas rondas de tapas por sus puestos!

Cómete Menorca

cometemenorca.com
No es un restaurante sino una guía que recopila la oferta gastronómica de Menorca, además de experiencias tan insólitas como un taller donde aprender a cocinar como Dios manda la langosta, un *tour* gastronómico o un atisbo a la cocina isleña del XVIII a través de las recetas que dejó escritas el franciscano Fra Roger.

Farmers Way

farmersandco.es
Esta iniciativa, que une 11 cooperativas agroalimentarias de las Baleares, organiza visitas a fincas productoras de queso artesanal D. O. Mahón, como la encantadora de Son Piris; sobrasadas, licores y aceites isleños, la flor de sal de Ses Salines Noves...